EL *OMPHALOS*, SÍMBOLO DEL CENTRO

René Guénon

Hemos, en nuestro último artículo, indicado diversos símbolos que, en las tradiciones antiguas, representan el Centro y las ideas con él relacionadas, pero hay otras todavía, y una de las más notables es quizá la del *Omphalos*, que se encuentra igualmente en casi todos los pueblos, y ello desde los tiempos más remotos[1].

La palabra griega *omphalos* significa propiamente "ombligo", pero designa también, de manera general, todo lo que es centro, y más especialmente el medio de una rueda. Hay parecidamente, en otras lenguas, palabras que reúnen esas diferentes significaciones; tales son, en las lenguas célticas, y germánicas, las derivadas de la raíz *nab* o *nav*: en alemán, *nabe*, medio y *nabel*, ombligo; igualmente, en inglés, *nave* y *navel*, esta última palabra teniendo también el sentido general de centro o de medio, y, en sánscrito, la palabra *nâbhi*, cuya raíz es la misma tiene a la vez las dos acepciones[2]. Por otra parte, en galo, la palabra *nav* o *naf*, que es evidentemente idéntica a las precedentes, tiene el sentido de "jefe" y se aplica incluso a Dios; es pues la idea del Principio central la que aquí encontramos[3].

Nos parece que, entre las ideas expresadas por estas palabras, la del medio tiene, a este respecto, una importancia muy particular: el Mundo estando simbolizado por la rueda como hemos explicado precedentemente, su cubo representa naturalmente el "Centro del Mundo". Este medio, alrededor del cual gira la rueda, es además su pieza esencial; y podemos referirnos sobre este punto a la tradición extremo-oriental: "Treinta radios reunidos, dice Lao-Tsé, forman una ensambladura de rueda; solos, son inutilizables; es el vacío quien los une, que hace de ellos una rueda de la que puede servirse"[4]. Se podría creer, a primera vista, que se trata en ese texto del espacio que permanece vacío entre los radios; pero no se puede decir que este espacio los une, y, en realidad, es del vacío central de lo que se trata. En efecto, el vacío, en las doctrinas orientales, representa el estado *principial* de "no-manifestación" o de "no-actuar": La "Actividad del Cielo", se dice, es una "actividad

---

[1] W. H. Roscher, en una obra titulada *Omphalos,* publicada en 1913, ha reunido una cantidad considerable de documentos estableciendo este hecho para los pueblos más diversos; pero no tiene razón al pretender que este símbolo está unido a la idea que se hacían estos pueblos de la forma de la tierra, porque él se imagina que se trata de la creencia de un centro en la superficie terrestre, en el sentido más groseramente literal; esta opinión implica un desconocimiento del significado profundo del simbolismo. El autor se imagina que se trata de la creencia en un centro de la superficie terrestre, en el sentido más groseramente literal. – Utilizaremos en lo que sigue cierto número de informaciones contenidas en un estudio de M. J. Loth sobre el *Omphalos entre los Celtas*, aparecido en la "Revue des Etudes Anciennes", (julio-septiembre de 1915).

[2] La palabra *nave*, al mismo tiempo que el cubo de una rueda, designa la nave de una iglesia, pero esta coincidencia parece ser accidental, pues *nave*, en este último caso, debe derivarse del latín *navis*.

[3] *Agni,* en el *Rig-Veda,* es llamado «ombligo de la tierra», lo que se asocia aún más a la misma idea; a menudo la esvástica, como ya lo hemos dicho, es el símbolo de *Agni.*

[4] *Tao-te-King*, 11

no-actuante” (*wei wuwei*), y sin embargo es la suprema actividad, principio de todas las otras, y sin la cual nada podría actuar; luego es el equivalente del “motor inmóvil” de Aristóteles[5].

En cuanto al *Omphalos*: este símbolo representaba esencialmente el “Centro del Mundo”, y ello incluso cuando estaba emplazado en un lugar que era simplemente el centro de una región determinada, centro espiritual, por lo demás, más que centro geográfico, como quiera que los dos hayan podido coincidir en ciertos casos. Es preciso, para comprenderlo, recordar que todo centro espiritual regularmente constituido era considerado como la imagen de un Centro supremo, donde se conservaba intacto el depósito de la Tradición primordial; hemos hecho alusión a este hecho en nuestro estudio sobre la leyenda del Santo Grial (agosto-septiembre de 1925) .El centro de cierta región era pues, verdaderamente, para el pueblo que habitaba esta región, la imagen visible del “Centro del Mundo” lo mismo que la tradición propia de ese pueblo no era en principio, más que una adaptación, bajo la forma más conveniente a su mentalidad y a sus condiciones de existencia, de la Tradición primordial, que fue siempre, como quiera que pudiesen pensar los que se detienen en las apariencias exteriores, la única verdadera Religión de la humanidad entera.

Se conoce sobre todo, de ordinario, el *Omphalos* del templo de Delfos; este templo era realmente el centro espiritual de la Gracia antigua, y, sin insistir sobre todas las razones que podrían justificar esta aserción, destacaremos solamente que ahí se reunía, dos veces por año, el consejo de los Amfictiones, compuesto por los representantes de todos los pueblos helénicos, y que formaba el único lazo efectivo entre estos pueblos, políticamente independientes unos de otros. La fuerza de este lazo residía precisamente en su carácter esencialmente religioso y tradicional, único principio de unidad posible para una civilización constituida sobre bases normales: piénsese, por ejemplo, en lo que era la Cristiandad en la Edad Media, y, a menos de estar cegado por los prejuicios modernos, se podrá comprender que no se trata de vanas palabras.

La representación material del *Omphalos* era generalmente una piedra sagrada, lo que a menudo se llama un «betilo»; y esta última palabra es también de las más notables. Parece, en efecto, no ser otra cosa que la hebrea *Beith-El,* «casa de Dios», el nombre mismo que Jacob dio al lugar donde el Señor se le había manifestado en un sueño: «Y Jacob se despertó de su sueño y dijo: Sin duda el Señor está en este lugar y yo no lo sabía. Y espantado dijo: ¡Cuán terrible es este lugar, es la casa de Dios y la puerta de los Cielos! Y Jacob se levantó de mañana, y cogió la piedra que había sido su cabecera, la levantó como un pilar, y derramó aceite encima de ella (para consagrarla). Y dio a este lugar el nombre de *Beith-El;* pero el primer nombre de esta ciudad era Luz” (Génesis, XXVIII, 16-19). Este nombre de Luz tiene también considerable importancia en la tradición hebrea; pero no podemos detenernos en ello actualmente, pues ello entrañaría una demasiado larga digresión. Igualmente, no podemos más que recordar brevemente que se dice que *Beith-El*, “casa de Dios”, se convirtió a continuación en *Beith-Lehem,* «casa del pan», la ciudad donde nació Cristo; la relación simbólica que existe entre la piedra y el pan sería además muy digna de atención, pero debemos limitarnos[6]. Lo que es necesario señalar una vez más es que el nombre de *Beith-El* no sólo se aplica al lugar, sino a la misma piedra también: "Y esta piedra, que he levantado como un pilar, será la casa de Dios (ibid.,

[5] En el simbolismo hindú, el ser que está liberado del cambio es representado como saliendo del “mundo elemental” (la “esfera sublunar” de Aristóteles) por un pasaje comparado al cubo de la rueda de un carro, es decir, a un eje fijo alrededor del cual se efectúa la mutación a la cual va a escapar en adelante.

22)". Es pues esta piedra la que debe ser propiamente el habitáculo divino *(mishkan),* siguiendo la designación que más tarde se dará al Tabernáculo; y, cuando se habla del «culto de las piedras», que fue común a tantos pueblos antiguos, hay que comprender que este culto no se dirigía a las piedras, sino a la Divinidad de la que ellas eran la residencia[7].

La piedra que representaba al *Omphalos* podía tener la forma de un pilar, como la piedra de Jacob; es muy probable que entre los pueblos célticos, algunos menhires no fueran otra cosa que representaciones suyas. Tal es el caso especialmente de la piedra de Ushnag, en Irlanda, de la cual hablaremos luego; y los oráculos se impartían cerca de tales piedras, como en Delfos, lo que se explica fácilmente, desde el momento que eran consideradas como la morada de la divinidad; la "casa de Dios", además, se identificaba muy naturalmente al "Centro del Mundo"[8].

El *Omphalos* podía también estar representado por una piedra cónica, como la piedra negra de Cibeles, u ovoide; el cono recordaba la montaña sagrada, símbolo del "Polo" o del "Eje del Mundo", como dijimos anteriormente (marzo y mayo de 1926); en cuanto a la forma ovoide, se refiere directamente a otro símbolo muy importante, el del "Huevo del Mundo", que tendremos que considerar también en la continuación de estos estudios. A veces, y en particular en ciertos *omphaloi* griegos, la piedra estaba rodeada por una serpiente; se ve también esta serpiente enrollada en la base o en la cumbre de los mojones caldeos, que deben considerarse como verdaderos "betilos" [9]. Por otra parte, como ya hemos señalado, el símbolo de la piedra está de manera general, en estrecha conexión con el de la serpiente, y lo mismo ocurre con el del huevo, especialmente entre los Celtas y los Egipcios.

Un ejemplo notable de figuración del *Omphalos* es el betilo de Kermaria, cerca de Pont-l´Abbé (Finisterre), cuya forma general es la de un cono irregular, redondeado en la cima[10]. En la parte inferior hay una línea sinuosa, que parece no ser otra cosa que una forma estilizada de la serpiente de la que acabamos de hablar; la cumbre está rodeada de una greca. Sobre una de las caras hay una esvástica (véase nuestro artículo de mayo de 1926); y la presencia de ese signo (del que además la greca es un derivado) bastaría para confirmar, de manera tan clara como es posible, la

---

[6] Y el tentador, acercándose, dijo a Jesús: «Si tú eres el hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. » (S. *Mateo,* c. 4:3; Cf.: S. *Lucas,* c. 4:3). Estas palabras tienen unos sentidos misteriosos, en relación con lo que indicamos aquí: Cristo debía cumplir una parecida transformación, pero espiritual y no materialmente como lo pedía el tentador; ahora bien, el orden espiritual es análogo al orden material, pero en sentido inverso, y la señal del demonio es la de tomar todas las cosas al revés. Es el Cristo mismo el que, como manifestación del Verbo, es el «pan vivo que descendió del cielo»; y es este pan el que debía, en la Nueva Alianza, sustituir a la piedra como "casa de Dios"; y, añadiremos todavía, por ello los oráculos han cesado.

[7] No podemos extendernos como sería necesario sobre el simbolismo general de las piedras sagradas; quizás tendremos ocasión de volver más tarde sobre ello. Señalaremos sobre este asunto la obra demasiado poco conocida de Gougenot des Mousseaux, *Dieu et les Dieux*, que contiene informaciones de gran interés.

[8] Todo eso se relaciona con la cuestión de las influencias espirituales (en hebreo *berakoth),* cuestión muy compleja que no parece haber sido nunca tratada en su conjunto.

[9] Se pueden ver varios ejemplares de tales mojones en el museo del Louvre.

[10] M. J. Loth, en el estudio antes citado, ha dado fotografías de ese betilo, así como de algunas otras piedras del mismo género.

significación de ese curioso monumento. Sobre otra cara hay todavía un símbolo que no es menos interesante: es una figura de ocho radios, circunscrita con un cuadrado, en lugar de serlo por un círculo como la rueda; luego esta figura es totalmente comparable a lo que es, en el tipo de seis radios, la que ocupa el ángulo superior del pabellón británico (véase noviembre de 1925, p. 395) y que debe ser parecidamente de origen céltico. Lo que es más extraño, es que ese signo del betilo de Kermaria se encuentra exactamente reproducida, con varios ejemplares, en el grafito del torreón de Chinon, bien conocido de los lectores de *Regnabit*; y, en el mismo grafito, se ve aún la figura de ocho rayos trazada sobre el escudo oval que sostiene un personaje arrodillado[11]. Este signo debe haber desempeñado un papel bastante grande en el simbolismo de los Templarios[12], pues "Se encuentra también en antiguas encomiendas del Temple; se ve igualmente, como signo heráldico, sobre un gran escudo en la cabeza de la estatua funeraria de un Templario, del siglo XIII, de la encomienda de la Roche-en-Cloué (Vienne), y sobre una piedra esculpida, en la encomienda de Mauléon, cerca de Chatillon-sur-Sèvres)" [13]. Esta última figuración es además la de una rueda propiamente dicha[14]; y ahí hay sólo un ejemplo, entre muchos otros, de la continuación de las tradiciones célticas a través de la Edad Media. Hemos omitido señalar antes, a propósito de este símbolo, que una de las significaciones principales del nº 8 es la de "justicia" y "equilibrio", ideas que, como hemos mostrado, se vinculan directamente a la del Centro[15].

En lo referente al *Omphalos,* hay que añadir todavía, que si estaba representado más habitualmente por una piedra, también ha podido estarlo por un montículo, una especie de túmulo. Así, en China, en el centro de cada reino o Estado feudal, se elevaba en otro tiempo un montículo, en forma de pirámide cuadrangular, formada por la tierra de las "cinco regiones": las cuatro caras correspondían a los cuatro puntos cardinales, y la cima al centro mismo[16]. Cosa singular, vamos a encontrar estas cinco regiones en Irlanda, donde la "piedra levantada del jefe" era, de forma semejante, elevada en el centro de cada dominio[17].

---

[11] Ese escudo recuerda claramente la rueda de ocho radios, como la de la figura alegórica de Albión, que tiene la misma forma, recuerda la rueda de seis radios, como ya hemos hecho notar.

[12] La misma figura ha sido además conservada hasta en la Masonería moderna; pero se la considera solamente como "la clave de las cifras", y se muestra que, en efecto, es posible descomponerla de manera que se obtengan todas las cifras árabes bajo una forma más o menos esquematizada.

[13] L. Charbonneau-Lassay, *Le Coeur rayonnant du donjon de Chinon*, p. 16. El texto está acompañado por la reproducción de los dos ejemplos aquí mencionados.

[14] Una rueda muy semejante está figurada sobre un pavimento enlosado del museo de los Anticuarios del Oeste en Poitiers, que data verosímilmente del siglo XV y cuya impresión nos ha sido comunicada por el Sr. Charbonneau.

[15] Se sabe también cuál era la importancia de la Ogdóada para los Pitagóricos. –Por otro lado, hemos ya indicado (noviembre de 1925, p. 396) los significados del número 6, que es, con el número 8, el más frecuente para los radios de las ruedas simbólicas; la de "mediación" tiene también una relación muy estrecha, y además evidente con la idea del Medio o del Centro.

[16] El número cinco tiene, en la tradición china, una importancia simbólica muy particular.

[17] *Brehon Laws,* citados por J. Loth.

En efecto, es Irlanda la que, entre los países célticos, proporciona el número más grande de datos relativos al *Omphalos;* en otro tiempo estaba dividida en cinco reinos, de los que uno llevaba el nombre de *Mide* (que quedó bajo la forma anglicista de *Meath),* que es la antigua palabra celta *medion,* «medio», idéntica al latín *medius*. Este reino de *Mide,* que se había formado de porciones tomadas en los territorios de las otras cuatro, se convirtió en el patrimonio propio del rey supremo de Irlanda, al cual los otros reyes estaban subordinados. En Ushnagh, que representa con bastante exactitud el centro del país, estaba levantada una piedra gigantesca llamada «ombligo de la Tierra», y designada también bajo el nombre de «piedra de las porciones» *(ail-na-meeran),* porque marcaba el lugar donde convergían las líneas separadoras de los cinco reinos. Se celebraba allí, anualmente, el primero de mayo, una asamblea general totalmente comparable a la reunión anual de los Druidas en el "lugar consagrado central" (*medio-lanon o medio-nemeton*) de las Galias, en el país de los Carnutos; y la semejanza con la asamblea de los Amfictiones en Delfos se impone igualmente.

Esta división de Irlanda en cuatro reinos, más la región central que era la residencia del jefe supremo, se vincula con tradiciones muy antiguas. En efecto, Irlanda fue, por esta razón, denominada la "isla de los Cuatro Maestros" [18], pero esta denominación, lo mismo que la de "isla verde" (*Erin)* se aplicaba anteriormente a otra tierra mucho más septentrional, hoy desconocida, desaparecida quizá *(Thulé u Ogygia)*, y que fue uno de los principales centros espirituales de los tiempos prehistóricos. El recuerdo de esta "Isla de los Cuatro Maestros" se encuentra hasta en la tradición china, lo que parece no haberse nunca señalado; he aquí un texto taoísta que da fe de ello: el emperador Yao hizo grandes esfuerzos, y se imaginó haber reinado idealmente bien. Tras haber visitado a los cuatro Maestros, en la lejana isla de *Kou-chee* (habitada por "hombres trascendentes" [*], *tchenn-jen)*, reconoció que había echado todo a perder. El ideal, es la indiferencia (o más bien el desapego, en la actividad "no actuante") del super-hombre, que deja girar la rueda cósmica[19].

La última frase de este pasaje nos remite aún al símbolo de la “rueda del Mundo”: La “indiferencia” de la que se trata no debe ser entendida en el sentido ordinario, sino que es propiamente el “no-actuar”; el hombre trascendente estando emplazado en el Centro, no participa ya en el movimiento de las cosas, sino que dirige tal movimiento por su sola presencia, porque en él se refleja la “Actividad del Cielo” [20]. Se podría, si se tradujera esto en lenguaje occidental, relacionarlo muy exactamente con el “hábitat espiritual” en el Corazón de Cristo[21], a condición, entiéndase bien, de considerar este hábitat en su plena realización efectiva, y no como una simple aspiración más o menos sentimental.

---

[18] El nombre de S. Patricio, que no se conocía normalmente más que en su forma latinizada, era originalmente *Cothraige*, que significa "el servidor de los cuatro".

[*] Los *tchen jen* son en realidad “hombres verdaderos”. El autor corrigió este lapsus en *Le Roi du Monde* (N. del T.).

[19] *Tchuang-Tsé*, cap. I; trad. del P. L. Wieger, p. 213. El emperador Yao reinó, se dice, en el año 2356 antes de la era cristiana.

[20] Apenas debería ser necesario el hacer observar que ese “no-actuar” nada tiene en común con un “quietismo” cualquiera.

[21] Véase el artículo del Sr. Charbonneau-Lassay sobre este tema (enero de 1926), y también el final de nuestro artículo de marzo de 1926.

Quizás algunos no verán, en algunas de las comparaciones que hemos señalado aquí, más que un asunto de simple curiosidad; pero tenemos que declarar que tienen para nosotros un alcance mucho mayor, como todo lo que permite reencontrar y reunir los vestigios esparcidos de la Tradición primordial.

P. –S- .Para completar nuestro artículo sobre "El Corazón irradiante y el Corazón en llamas" (abril de 1926), reproducimos estas líneas tomadas del Sr. Charbonneau-Lassay[22]: "Los rayos, en la heráldica y en la iconografía de la Edad Media, eran el signo especial, el signo reserva del estado glorioso; las llamas simbolizaban el amor o el ardor (en el sentido humano y en el sentido místico) que consumen como el fuego, pero no la gloria. Los rayos, brillo y luz fulgurante, decían el triunfo, la glorificación suprema y total. En la antigua heráldica francesa, tan nítidamente expresiva, los rayos eran también el emblema de la gloria así entendida, y sobre todo en una composición religiosa, de la gloria celestial, donde las cruces irradiantes portan, en el lenguaje tan expresivo del blasón, el nombre de cruces divinas" (véase la figura sacada del tratado de heráldica de Vulson de la Colombière, 1669)[23].

Hay ahí una razón, añadiéndose a las que hemos ya dicho, de la importancia preponderante de la figuración del Corazón irradiante anteriormente a los tiempos modernos: se ve en efecto que ella correspondía a un aspecto más elevado, más exclusivamente divino en cierto modo, del simbolismo del Corazón.

Para las llamas, el significado heráldico es exactamente el que hemos indicado basándonos sobre consideraciones de otro orden; para los rayos, como la concordancia podría no ser asida inmediatamente, hace falta una explicación complementaria, que puede por lo demás darse en pocas palabras. En efecto, la significación heráldica de los rayos se relaciona esencialmente con la "luz de gloria", en y por la cual se opera la visión beatífica; ahora bien, ella es de orden intelectual puro, es el conocimiento más alto, la realización más completa de la inteligencia, puesto que es la contemplación directa de la verdad suprema.

Publicado originalmente en *Regnabit,* junio de 1926. No recopilado en ninguna otra compilación póstuma.

---

[22] *Le Coeur rayonnant du donjon de Chinon*, 21.

[23] Vulson de la Colombière, *La Science Héroïque*, cap. XIII, p. 115, fig, XXXIV.